NOTAS Y DEBATES DE ACTUALIDAD
Utopía y Praxis Latinoamericana **Año 7. Nº 17 (Junio, 2002). Pp. 125-129**

Alan Sokal: la paja en el ojo ajeno

Alan Sokal: The Mote in the Eye of the Other

Roberto A. FOLLARI

Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

RESUMEN

Esta breve nota, es más que suficiente para que el autor, en su propósito de contra criticar la *impostura epistemológica* del pensamiento de Sokal, logre establecer los déficits conceptuales y categoriales que están subyacentes en el empirismo formalizante del lenguaje cientificista del neoyorkino. Una discusión que abre más la brecha entre ciencias naturales y sociales, en vez de respectar sus diferencias teóricas y metodológicas.

Palabras clave: Sokal, ciencias naturales, ciencias sociales, crítica.

ABSTRACT

This brief note is more than sufficient for the Author to achieve his purpose of counter-criticizing the epistemological imputation of Sokal's thoughts, and to establish conceptual and categorical deficits that underlie the formalizing empiricisms of New Yorker scientific language. This is a discussion which serves to widen the gap between natural and social sciences instead of respecting theoretical and methodological differences.

Key words: Sokal, natural sciences, social sciences, critique.

Recibido: 20-01-2002 • Aceptado: 07-02-2002

Conocido es el revuelo que produjo la hábil maniobra por la cual Alan Sokal envió su texto plagado de errores de concepción acerca de las ciencias físico-naturales, a una revista de ciencias sociales, *Social Text*, logrando que fuera publicado tras la aceptación del Comité Editorial. Si fuéramos tan empiristas como el autor neoyorquino, debiéramos limitarnos a afirmar que demostró que *en esa revista* (en esa y sólo esa) pueden proponerse sin inconvenientes tal tipo de dislates. Pero como creemos –a diferencia de los inductivistas puros– que la revista expresa analogías con otras similares, seguramente se demostró que en *cierta clase* de revistas de ciencias sociales se admite la referencia carente de seriedad a conceptos provenientes de las matemáticas o la física.

En Latinoamérica, aún perdura cierto foucaultismo tardío en filosofía y ciencias sociales, y Derrida se hace presente sobre todo en algunas abstrusas propuestas de los autores denominados "poscoloniales". Pero los aportes de ambos autores están a menudo tamizados por otras teorías, de modo que no existe una reducción generalizada de lo real a lo discursivo, o de la sistematicidad al acotecimientalismo absoluto. Por cierto, es imposible desconocer la riqueza de los trabajos de Foucault o Derrida (la referencia a los cuales resulta obligada en cualquier análisis detallado sobre cuestiones sociales), aunque debiera precisarse en cada caso sobre la adecuación de las aplicaciones a un presente que se ha modificado mucho en relación con la época central de construcción de sus respectivas teorías. Pero por cierto, es bien sabido que en la academia de Canadá y Estados Unidos la situación es muy diferente: allí reina un deconstruccionismo que pretende arrasar con toda sistematicidad conceptual, y que ha apagado a la política tras la apelación interminable al fin del sujeto y de la totalidad. La retórica ha reemplazado al análisis, y en nombre de un descontrolado avance de las humanidades sobre las ciencias sociales, y de los Departamentos de idiomas sobre tales humanidades, se ha "literaturizado" crecientemente el análisis de lo social. Hoy, en nombre de lo posmoderno (y sin teoría específica respecto del significado de esa categoría) parece creerse en un gran poder crítico-político por parte de análisis que sostienen la interpretación al infinito, en juegos múltiples de refracción donde la realidad se pierde en el descentramiento que el lenguaje guarda respecto a todo sujeto, y en la imposibilidad de cualquier forma de posesión para con él.

Contra este "ambiente cultural" un tanto enrarecido protesta la acción de Sokal, y para ese específico cometido su recurso parece guardar sentido y pertinencia. Es hora de exigir atención a lo empírico, a la observancia metodológica, de proponer el final de la retórica vacua, y por supuesto de acabar con los abusos verbales en nombre de supuestos "préstamos" de conceptos desde las ciencias físico-naturales.

Desde este éxito inicial, surgieron seguidores de Sokal que creyeron –a partir de lo ya descripto– encontrar base para un retorno tardío al más elemental empirismo, y para producir supuestas "refutaciones" de Lacan, Foucault o Derrida, realizadas sin matices ni precisión alguna. Los metodologistas más primarios (que creen que el método es universal e independiente de las características específicas del objeto) se lanzaron a un frenético caudal de artículos y declaraciones públicas. Creían que había llegado el momento de su retorno triunfal a la palestra, luego de años de fracasos y olvido.

Y Sokal mismo cayó en esa trampa. Encandilado por su propio suceso, decidió endilgarnos su libro escrito con Bricmont, *Imposturas intelectuales*, el cual guarda una curiosa relación inversa entre los recaudos expresados en la presentación inicial, y la generalización excesiva y proliferante a la que se entrega sin cuidados el texto.

Cuando analiza a los autores posestructuralistas (que no posmodernos, aunque la distinción entre ambas posturas es desconocida para Sokal)[1], el libro encuentra su mejor mo-

mento: se trata de mostrar que ha habido abusos en la apelación a conceptos de ciencias físico-naturales que esos autores ignoran, pero que usan como modo de autoafirmación frente a sus públicos. Y en este punto los adversarios de Sokal no pueden pretender hacer gestos de displicencia o supuesta sapiencia oracular, ya que tal conducta implica confirmar exactamente lo que Sokal les critica. Veamos por ejemplo el caso –que alcanza alguna dimensión tragicómica– de Julia Kristeva: según ella, hay "un molesto bufón de la Universidad de Nueva York que pretendió un día *desenmascarar* a los *impostores franceses* y refutar *formalizaciones* allí donde en realidad sólo había transferencias metafóricas...[2] La escritora francesa, con gesto insigne y grandilocuente, pretende demeritar a Sokal, pero *no lo refuta*. No profiere siquiera una palabra sobre las específicas acusaciones de Sokal y los conceptos por él cuestionados. Es decir: muestra involuntaria pero palmariamente que *no lo puede refutar*, y que es cierto que abusó de conceptos para ella desconocidos. ¿Qué otra cosa es admitir que el uso que ella hacía no se adaptaba a las formalizaciones de los conceptos? En todo caso, Kristeva debiera aceptar que no puede hacerse metáforas basadas en aquello que no se sabe. En fin: Sokal puede quedarse tranquilo frente a esta clase de inmaduras réplicas de impacto exclusivamente retórico.

El neoyorquino transparenta este tipo de mecanismos perversos en Lacan, en Luce Irigaray, con menos precisión en J. Baudrillard. Pero es de lamentar que su pretensión se alargue a suponer que, por ejemplo, *no corresponde en psicoanálisis* usar recursos provenientes de las matemáticas. El comprueba que Lacan no hizo el explícito esfuerzo de justificar el uso de tales conceptos en un objeto diferente al de su disciplina de origen: pero de ello no se deduce que tal uso sea necesariamente indebido. Mucho menos –por cierto– que ese uso permita suponer que la teoría lacaniana es errónea, juicio hacia el que se desliza sutilmente la propuesta de Sokal. La obvia ignorancia de este autor respecto de las ciencias sociales y del psicoanálisis, debiera haberlo prevenido de tan grosera pretensión como la de haber *acabado* con la obra de un autor cuya complejidad no es sintetizable siquiera en las 700 páginas de sus *Ecrits*.

De allí en más, Sokal se interna en aguas turbulentas: pretende sacar conclusiones ontológicas y epistemológicas de su trabajo, sin evidenciar la formación necesaria para una misión tan compleja. Insólitamente, cree haber superado la tesis del lógico Quine, cuando este afirma la subdeterminación de las teorías por los hechos (la cual sostiene que los hechos no derivan de sí la teoría, ya que diversas concepciones teóricas pueden ser simultáneamente consistentes con los mismos datos). No produce ningún argumento convincente sobre el punto, por otro lado hoy muy reconocido y compartido. Las incongruencias del neoyorquino se suceden, y de ellas hemos dado cuenta detalladamente en un trabajo de reciente publicación[3].

1 La diferencia *fuerte* entre posmodernidad como estado de la cultura, y teorías posmodernistas; y entre los mentores de estas (Vattimo, Lipovetski, Lyotard) y los posestructuralistas (Derrida, Barthes, Deleuze, etc.), está desarrollada en nuestro libro *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde A. Latina*, Aique/Rei/IDEAS, Bs.Aires, 1990.

2 J. Kristeva, *El porvenir de la revuelta*, citada por María del C. Rodríguez en su comentario de ese libro, en *Cultura* (suplemento cultural de *La Nación*), Bs. Aires, 30/1/00.

3 Follari, R.: "Alan Sokal: la insuficiencia de pruebas", en *Claves de razón práctica* 98, Madrid, diciembre 1999, pg. 75-79. Reproducido en el libro del autor *Epistemología y sociedad (acerca del debate contemporáneo)*, Homo Sapiens, Rosario, 2000.

Aquí seremos sumarios para mostrar algunas: por ej., resulta singularmente notable la pretensión de socavar el relativismo epistemológico de la *nueva sociología de la ciencia* (Latour, Barnes) a partir de un realismo ingenuo y aproblemático; o también, sostener la noción decididamente anacrónica de que a los hechos se llegaría sin mediación teórica alguna, como si hablaran por sí mismos (esto ya Popper y Bachelard lo mostraron insostenible hace...setenta años!!); otro caso, es la muestra de franco desconocimiento de la obra de Kuhn –de quien en la bibliografía aparece sólo un libro– a pesar de lo cual Sokal pretende haberla demostrado como errónea. Sobre este punto, Sokal además evidencia no saber quién fue W.Stegmüller, autor que formalizó la obra de Kuhn en términos de teoría de conjuntos; de modo que para sustentar la supuesta "ilogicidad" de Kuhn, el estadounidense debiera haberse tomado el complicado trabajo de contradecir convincentemente los desarrollos del referido filósofo alemán.

Luego abundan en el libro incomprensiones sobre la especificidad de los puntos de vista que construyen a las diferentes disciplinas, de modo que se supone un abierto *continuum* entre estas. A partir de esta noción imbuida del más difundido sentido común, nuestro autor interpreta cuestiones como las de la relatividad, de modo tal que las leyes de la física servirían también automáticamente para la biología y la psicología. Así, se arriesga a suponer que en la conciencia de alguien que fuese a la velocidad de la luz (claro, si tal cosa fuese posible) no habría *duración* alguna, dado que en ese caso físicamente no hay transcurso de tiempo. Pero de tal situación *física* nada puede derivarse plausiblemente respecto de lo que ocurriría *en lo psicológico.* De modo que la suya es una conjetura por demás audaz e improbable, más aún para alguien que proclama en forma insistente su estricto ceñimiento a los hechos.

No es fácil en un espacio breve señalar también los deslizamientos de significado, que lo llevan a discutir siempre con el más débil (cambiar "causalidad no-lineal" por "ecuaciones no lineales" es sólo uno de los ejemplos). O las pretensiones de ofrecer lecciones políticas de izquierda: para lo cual –por nuestra parte– afirmamos que resulta tan vana la retórica deconstruccionista, como lo es el añejo cientificismo empirista de Sokal, digno de algún participante de la II Internacional a comienzos del siglo XX.

Y en este breve punteo, *last but not least*, nuestro héroe buscador del rigor y perseguidor de impostores, muestra no tener mínima idea acerca de las ciencias sociales, respecto de las cuales se explaya y se atreve a ofrecer consejos. Antológica (por lo extrema) es la noción manifestada en nota de pg. 292: allí pretende que la enseñanza universitaria debe ser considerada mejor que la media y primaria, porque en la primera un menor porcentaje de participantes está a favor del creacionismo (¡!). Evidentemente, para el incisivo autor, en ambos casos encontramos poblaciones estadísticamente comparables: no ha advertido el "detalle" de que quienes llegan a la universidad conforman un conjunto con mucho mayor selección previa. El error de interpretación es tan grosero que nos exime de comentarios.

Para qué hablar de su idea de que "posmodernidad" es apenas una palabra, de modo que si no se sabe qué significa, se supone que ello no resultaría problemático. Sokal cree que opinar desde las ciencias físico-naturales autoriza toda clase de exabruptos y desconocimientos sobre las disciplinas sociales, repitiendo de modo invertido y en perfecto espejo la falacia que él mismo desnuda en los posestructuralistas. Y es que para él, parece que sólo las físiconaturales parecen merecer el nombre de ciencias, repitiendo así los viejos dogmas positivistas del Círculo de Viena.

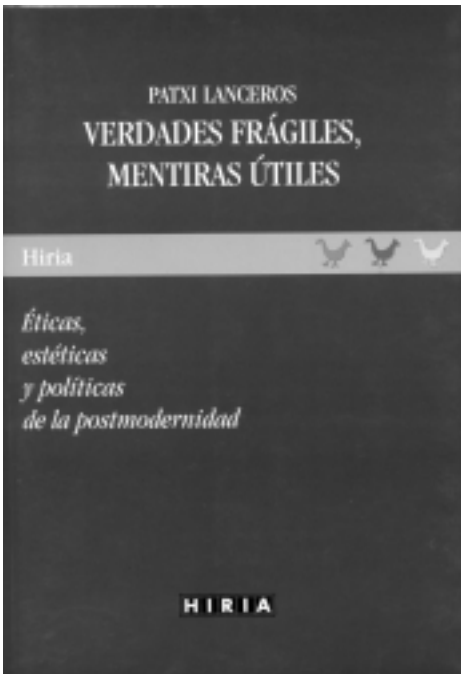
Como ideología implícita de la mayoría de los científicos, el empirismo ya enterrado por la filosofía de la ciencia se ve renovado por Sokal, reinventándose desde las cenizas. Es

de esperar que muchos de tales científicos entenderán plausibles sus posiciones. Bueno sería quizá, que tan irreflexiva toma de partido se informara también de los errores, mistificaciones y abiertas estafas que se comete en nombre de las ciencias malamente llamadas "exactas"[4].

Y que se advirtiera las omisiones, ocultamientos y mutilaciones que realizan los epistemológos del cientificismo neoempirista[5]. Así advertirían que aquellos que suelen hacer sonoros llamados a la razón, suelen estar bastante lejos de sostenerla efectivamente.

4 F. di Trocchio: *Las mentiras de la ciencia (Por qué y cómo engañan los científicos?)*, Alianza, Madrid, 1995.

5 M. de Asúa y G.Klimovski: *Corrientes epistemológicas contemporáneas*, Centro editor de A. Latina, Bs. Aires, 1992. Allí se hace la pirueta conceptual de hablar de Stegmüller callando su constitutiva relación de apoyo hacia Kuhn, que es el pilar determinante de su obra. Ver pg. 69 y ss.



Patxi Lanceros:

Verdades frágiles mentiras útiles. Éticas estéticas y políticas de la postmodernidad.

Hiria. Guipúzcoa, España. 206 pp.

Con la irrupción de lo postmoderno en la filosofía, las artes y las ciencias de la cultura se abre la posibilidad de revisar críticamente la herencia moderna de observar, con la oportuna distancia, el legado de la herencia precedente. Muchos de los conceptos y esquemas que nos han configurado como sujetos modernos han devenido problemáticos. La interpretación crítica de tales conceptos y esquemas, la revisión –ocasionalmente irónica– de las tradiciones que nos sostienen aparecen como condiciones necesarias para pensar nuestra relación con los discursos y las prácticas, con lo social y lo político, con el arte y el imaginario en este comienzo de milenio. ***Verdades frágiles, mentiras útiles,*** *es el resultado de esa mirada irónica a los distintos ámbitos en los que se construyen las tramas humanas –individuales y colectivas– desde esta situación, frontera o puente, entre dos siglos.*

Patxi Lanceros (Bilbao, 1962) es doctor en Filosofía y profesor de teorías de la Cultura y Filosofía Política en la Universidad de Deusto (Bilbao). Colaborador habitual en diferentes revistas y publicaciones periódicas, entre sus libros destacan: ***La modernidad cansada*** (Madrid, 1994), ***Avatares del hombre: el pensamiento de Michel Foucault*** (Bilbao, 1996), ***La herida trágica*** (Barcelona, 1997), ***Identidades culturales*** (Bilbao, 1997) y ***Diccionario de Hermenéutica*** (Bilbao, 1998). Actualmente forma parte del Comité de Editores Asesores de la revista internacional de filosofía Utopía y Praxis Latinoamericana (Universidad del Zulia, Venezuela).